

Género, situación de guerra y construcción de paz

DR. PEDRO ANTONIO REYES LINARES*

Resumen. Reyes, Pedro Antonio. *Género, situación de guerra y construcción de paz*. El artículo muestra la pertinencia de un enfoque de género sobre la construcción de masculinidades en el análisis de dos modelos de defensa ante una situación de violencia persistente en las comunidades de Michoacán: el de las autodefensas y el de la comunidad de Cherán. Después de presentar el contexto en el que se han desarrollado los estudios sobre masculinidades —que lleva a considerar la masculinidad dentro del problema de la creación de nuestra relacionalidad—, el autor problematiza el análisis de la situación discursiva desde dos conceptos: el de “guerra” y el subsiguiente de “defensa” a partir de la crítica a la idea hegemónica de masculinidad que queda implicada y señala las posibilidades abiertas por la construcción de una idea alternativa de masculinidad en la propuesta de relacionalidad de la comunidad de Cherán. La base de este artículo está en una ponencia presentada en el III Congreso Jalisciense de Filosofía, realizado en febrero de 2016.



Abstract. Reyes, Pedro Antonio. *Gender, State of War and Construction of Peace*. The article argues for the relevance of a gender focus on the construction of masculinities in the analysis of two models of defense against persistent violence in communities of Michoacán: the model of self-defense groups and the model proposed by the community of Cherán. After presenting the context in which studies of masculinities have been conducted —which situates mascu-

* Profesor del ITESO. Email: parh1974@iteso.mx

lity within the problem of the creation of our relationality— the author problematizes the analysis of the discursive situation using two concepts: that of “war” and the subsequent “defense”, on the basis of a critique of the hegemonic idea of masculinity that is implied. He then points out the possibilities that open up with the construction of an alternative idea of masculinity in the proposal of relationality put forth by the community of Cherán. This article grew out of a presentation made at the 3rd Congress of Philosophy of Jalisco, held in February 2016.

HACER-GÉNERO MÁS ALLÁ DEL PODER, CREAR RELACIONALIDAD

Desde que John Money propuso, en 1955, que la palabra “género” se distinguiera de “sexo”, pues aludía a los contenidos asignados culturalmente a varones y mujeres, la discusión sobre esta diferencia no ha dejado de rendir nuevos frutos. Pocos años después “género” no se reducía ya a los análisis psicosociológicos sobre los papeles y las identidades que entraban en juego, sino que desempeñaba un papel fundamental en el análisis de las hegemonías y dominaciones en la estructura social. En esta tendencia, se hizo cada vez más común la asimilación del “género” con una función del poder social: “género” era una manera de visibilizar el poder estructuralmente diferenciado y jerárquicamente organizado que se concedía a los varones por encima de las mujeres. La “perspectiva de género” se convirtió, entonces, en una actitud analítica desde la que se desarrollaban diferentes herramientas para hacer patente esa relación de dominación y, de esta manera, posibilitar situaciones, normativas y conductas que pudiesen equilibrarla o subvertirla. En todos estos movimientos teóricos se encontraban también movimientos y apuestas sociales y políticas que redefinían el concepto de democracia, radicalizándolo al incluir esta perspectiva en el ideal de equidad y la lucha por alcanzarla efectivamente.

Esta batalla no se ha ganado, pero los estudios de género han mostrado en este tiempo otras bondades que ponen de manifiesto territorios

todavía poco explorados y con un potencial social crítico muy acusado. Los estudios sobre los diversos colectivos de mujeres, los que abordaban la complejidad de las identidades homosexuales o diversas, así como los de masculinidades pusieron de manifiesto, en los años ochenta y noventa, el peligro de simplificación que el mero esquema jerárquico de dominación podía traer a los análisis que se apoyaban en la perspectiva de género. Esta simplificación no llevaba únicamente a conclusiones parciales, sino que generaba también dificultades cuando se trataba de aprovechar estos análisis para las prácticas políticas y para generar solidaridades más amplias con los movimientos que impulsaban la equidad entre varones y mujeres. Estas luchas no podían enfocarse sólo en una equidad genérica sino que tenían también que problematizar las inequidades que se daban, simultáneamente a la genérica, a veces en su mismo sentido y otras veces no, en los grupos y estructuras sociales. Además, los estudios mostraban una fluidez en las construcciones de género que las hacían ver menos rígidas que lo que los primeros esquemas habían supuesto. Con respecto a la primera consideración, se probaba que en un mismo colectivo de varones podían encontrarse diversos grados de inequidad que problematizaban considerar a todos los individuos en una misma situación de poder respecto del colectivo de mujeres. Lo mismo sucedía en los colectivos de mujeres, y estas inequidades hacían difícil su identificación y solidaridad en la misma lucha, principalmente cuando se mantenía un discurso de género rígido que lo comprendía en términos de dominación y jerarquía. Muchas veces se mantenía una sola lógica de segregación, ocultando otras que, de visibilizarse, habrían podido reconfigurarse en un sentido de mayor equidad en el colectivo y en la sociedad; también podían, desde esa lógica de segregación, ocultarse posibilidades de solidaridad y de vinculación que podrían favorecer a ese mismo objetivo de equidad en la sociedad. Como afirma Øysten Gullvag, “Los patrones que sostienen la segregación, o que, al contrario, promueven

la equidad y la integración, pueden encontrarse en ambos géneros”.¹ De ahí que el trabajo crítico y la creación de solidaridades habrían de incluir a varones y mujeres con diferentes maneras de constituir su propia identidad genérica y la de sus grupos.

Por otro lado, el reconocimiento de la fluidez en las construcciones de género permitía captar la constitución dinámica de las identidades genéricas,² que abría la posibilidad de —siguiendo a Gilles Deleuze, Félix Guattari, Jacques Derrida y otros autores— comprenderlas como múltiples, cambiantes,³ ensamblajes,⁴ sobre todo en estudios que intentan descripciones o cartografías de las identidades genéricas. Sin desdeñar este enfoque que permite abordar la complejidad de construcción de la propia identidad y de los grupos de varones y mujeres, otros autores han buscado mantener la relación género-poder y el criterio de la hegemonía en su aparato crítico. Algunos, como el citado Gullvag, Raewyn Conell o James Messerschmidt, reconocen que la diferenciación genérica “no puede ser reducida únicamente a la estratificación o la dimensión del poder” y proponen considerar el sistema de género “un marco de sentido, relaciones de contención social donde el sexo de la persona se hace socialmente relevante”,⁵ de manera que es la forma de sociedad la que prefigura cómo las personas corporizan el sentido a través del sistema de género y pueden así autorrealizarse en la vida social. Este punto de vista, aunque ha sido criticado por Michael Moller como poco sensible a la “complejidad desordenada” de la vida real de las personas,⁶ resulta eficaz para establecer tendencias que pue-

1. Øysten Gullvag Holter, “Social Theories for Researching Men and Masculinities. Direct Gender Inequality and Structural Inequality” en Michael S. Kimmel *et al.* (Eds), *Handbook of Studies on Men & Masculinities*, Sage Publications, Thousand Oaks, 2005, p. 25.
2. Uso el adjetivo “genérico” con el sentido de relativo al género y no como relativo a la generalidad.
3. Eric Anderson, *Inclusive Masculinity: The Changing Nature of Masculinities*, Routledge, Nueva York, 2009.
4. Clifton Evers, “The Point’: Surfing, Geography and a Sensual Life of Men and Masculinity on the Gold Coast, Australia” en *Social and Cultural Geography*, American Association of Geographers/Routledge, s/l, vol. 10, No. 8, 2009, pp. 893-908.
5. Øysten Gullvag Holter, “Social Theories...”.
6. Michael Moller, “Exploiting Patterns: A Critique of Hegemonic Masculinity” en *Journal of Gender Studies*, Routledge, s/l, vol. 16, No. 3, 2007, pp. 263-276.

dan favorecer el análisis de situaciones sociales concretas y buscar en ellas posibilidades de solución. No es necesario que el modelo que de ahí resulte sea normativo de todas las situaciones individuales, pero sí puede proveer un marco general para la interpretación e intervención en situaciones sociales específicas.

Desde esta perspectiva, los estudios de género han replanteado su enfoque para comprenderse como una instancia crítica que problematiza la “relacionalidad” humana en un sentido más amplio, aunque no desligado ni independiente de las dominaciones, que tradicionalmente han dominado en este campo del conocimiento. Poner a jugar los diversos factores que colaboran en las construcciones genéricas, describir su “interjuego”, es una nueva estrategia teórica en la que todavía somos primerizos. Siguiendo a Gullvag y Messerschmidt, el interjuego podría describirse como una “acción estructurada”,⁷ es decir, lo que agentes sociales realizan bajo condiciones socioestructurales específicas para intentar establecer una “formación de compromiso” y “[...] equilibrar ‘las necesidades vitales’ con las ‘necesidades de poder’”.⁸ Mientras las necesidades vitales se van definiendo en el dinamismo sociobiológico de los individuos en la especie, las necesidades de poder resultan funcionales a las idealizaciones que la misma sociedad va canonizando en posiciones hegemónicas y frente a las que los sujetos se miden, para intentar cumplirlas en sí mismos o para distanciarse de ellas. Es en este juego de las dos necesidades donde se van definiendo las tendencias de la dinamicidad cambiante de las relaciones en que se “hace-género”.⁹ No se trata “sólo de poner en acción algo que ya está ahí”, como podría ser el sexo biológico de las personas o la estructura de poder genérico, sino que las diversas estructuras sociales que rigen las necesidades vitales y de poder asequibles a los individuos proponen en su encuentro

7. James Messerschmidt, “Men, Masculinities, and Crime” en Michael S. Kimmel *et al.* (Eds), *Handbook of Studies on Men & Masculinities*, Sage Publications, Thousand Oaks, 2005, pp. 196-212.

8. Øysten Gullvag Holter, “Social Theories...”.

9. *Idem.*

el marco en que las personas crean la relación genérica, su distribución en términos de reconocimiento mutuo y la naturalización de la misma, puesto que, como afirma Gullvag, “[...] la forma social del intercambio —es decir, el modo en que las dos principales esferas [producción y reproducción] de la sociedad están conectadas, a través de vínculos individuales— la que hace que los participantes aparezcan como si el género hubiera estado desde siempre ahí”.¹⁰

EL DISCURSO DE GUERRA COMO SITUACIÓN QUE NATURALIZA LA RELACIÓN GENÉRICA

De acuerdo con estas posturas, propongo comprender la guerra como una situación discursivo-performativa en la que se constituye y naturaliza la relación genérica en términos de inamovilidad, y resulta así determinante para impedir las posibilidades del desarrollo de sociedades democráticas y con criterios de equidad. Me parece que es importante la problematización que puede hacerse en este sentido, puesto que el discurso de “guerra” ha querido promoverse, desde las esferas gubernamentales, en nuestro país y también a escala mundial, con la bandera de defensa de la democracia y de la posibilidad de libertad y equidad entre las personas. Por el contrario, considero que es precisamente ese discurso de “guerra”, con la carga de idealizaciones y sentidos que impulsa en la sociedad, el que va imposibilitando el reconocimiento de oportunidades para la resolución de conflictos y la protección de las comunidades (autocuidado de lo común) que se facilitarían si se deconstruyera críticamente la relación genérica que está pretendiendo naturalizarse a partir de este discurso. Esta deconstrucción, realizada en colectivos concretos de varones y mujeres, podría habilitar a la sociedad para escuchar voces alternativas a las que defienden esas idealizaciones, para proponer, entonces, mejores maneras de gestionar el compromiso necesario entre las necesida-

10. *Idem.*

des vitales y las necesidades de poder y reconocimiento social que los mismos colectivos intentarían realizar.

En relación con el discurso de “guerra”, podríamos acudir a diversas investigaciones sobre el crimen y la violencia interpersonal que han mostrado que la precariedad en la capacidad de satisfacer las necesidades vitales, manteniendo un sentido de amenaza constante, exacerban la instrumentalización del cuerpo y de la fuerza física como únicos dispositivos de control sobre la situación y sobre los cuerpos de las otras personas.¹¹ Por la precariedad, el cuerpo es resignificado como herramienta para conseguir la satisfacción de las necesidades vitales, pero esta precariedad no se construye sólo por la limitación real de recursos, sino que puede también ser modelada por discursos que idealizan la situación en la que se supone que el grupo humano debería vivir (la ausencia de conflictos) o sobre el nivel de vida del que debería disfrutar. Desde estas idealizaciones, la sociedad concreta puede constituir personas siempre insatisfechas con la situación real en que se ven constantemente impelidas a negociar sus aspiraciones, e insatisfechas también con los acuerdos que en esa situación se puedan alcanzar. Esta idealización podría referirse como una “poetización” —en la acepción peyorativa que da Kierkegaard en tanto permite evitar el compromiso con lo temporal para asumirse inmediatamente unido a lo ideal, pero sin dedicarse en la precariedad de lo temporal a irlo logrando— y funciona como un dispositivo social que hace exagerada la percepción de necesidad vital y urge a la resolución del sentido social de modo que responda a esta necesidad. De este modo, las necesidades de poder, por las idealizaciones, redefinen las necesidades vitales.

La guerra es, entre otras, una situación de precarización de las condiciones que permiten satisfacer las necesidades vitales, no solamente por la violencia directamente asociada a ella, sino también por el ais-

11. James Messerschmidt, “Men, Masculinities...”.

lamiento que provoca generalmente en las comunidades, las cuales ven interrumpidas sus relaciones de producción, de intercambio y de solidaridad. Pero esta situación es también una situación discursivamente procurada. Está enmarcada en actos performativos como las declaraciones de guerra que definen las fronteras del conflicto, los códigos militares y, entre combatientes, los modos que pueden ser utilizados por las partes en conflicto y sus reglas de acción, e inclusive, el desarrollo de la sociedad civil frente a los estamentos militares, las sentencias y definiciones de delitos que pueden ser perseguidos en el caso de que los combatientes pierdan la medida acordada. Todas estas definiciones van siendo interiorizadas en las personas, dándoles una posición y creando una relacionalidad adecuada a la definición del conflicto como bélico. Así, la guerra no es meramente una violencia desatada, sino una forma de estructuración de la sociedad y de las personas que modifica tanto las instituciones y dinámicas sociales fundamentales como las conductas e identidades de las personas individuales. La persona se ve, de momento, calificada como “enemiga” o “aliada”, “protectora” o “protegida”, “activa” o “pasiva”, lo que le da una posición en la relacionalidad que define su responsabilidad respecto de lo común.

Este tipo de definición de identidad por la estructuración de la situación de guerra influye poderosamente en la creación de las relaciones genéricas, como puede adivinarse por los binomios que he presentado en el párrafo anterior, usados cotidianamente en la definición también de roles sexuales, es decir, de relacionalidad “genéricamente” marcada. Detrás de cada una de las categorías en que se divide a la población, subyacen ideas, valores y constructos que fortalecen ciertas idealizaciones de masculinidades y feminidades que provocan reordenamientos, ocultamientos, supresiones, represiones o “megalias” en el complejo ensamblaje de las identidades de género y crean relaciones genéricas fijas en la naturalización idealizante que se ha privilegiado discursivamente. A partir de esa naturalización, se establecen nuevas

categorías o se asocian contenidos a las categorías bélicas que traen serias consecuencias en las vidas individuales y complejizan todavía más la situación bélica en que se está definiendo a la sociedad, porque, como reconoce Leo Braudy, “[...] lenguaje de guerra, de incitar a personas a luchar contra un enemigo real o imaginario, con frecuencia todavía es individual”,¹² de manera que los individuos, las personas concretas, son incitadas a reconocer en esas categorías su propia definición y la de quienes conviven con ellas en un mismo espacio social, que la guerra ha definido por bandos. De esta manera, la violencia bélica se generaliza al conjunto de la sociedad y las personas que aceptan comprometerse con ella, con o sin ejercicio crítico, se ven implicadas en su misma categorización. Así, ciertas maneras de construcción de las masculinidades (por ejemplo, las homoeróticas o las diversas) son fácilmente calificadas de “traidoras” a la nación porque no contribuyen a mantener el ideal de masculinidad que defiende la posición “fuerte” de un combatiente delante de otro, y esto sucede no en el discurso general o estatal sino, más frecuentemente, en los ámbitos de convivencia cotidiana, en las ciudades o en los barrios, inclusive a miles de kilómetros del conflicto cuerpo a cuerpo. Los cuerpos, instrumentalizados en la guerra como instrumentos contra otros cuerpos, lo son también en el ámbito cotidiano a través de esta retórica que discrimina y categoriza en el seno de la sociedad.

Esta retórica ha venido a forjar una buena parte de nuestro lenguaje cotidiano, y de este modo se mantiene una cierta forma de belicosidad en la vida común. La guerra se hace cotidiana en las expresiones y extiende así su sospecha y vigilancia entre las personas. En esa situación bélicamente formada el compromiso entre las necesidades vitales, precarizadas, y las necesidades de reconocimiento, modeladas por las idealizaciones, hacen casi imposible hacer-género, hacer compro-

12. Leo Braudy, *De las órdenes de caballería a los grupos terroristas. La guerra y la naturaleza cambiante de la masculinidad*, Océano, México, 2003, p. 578.

misos que pongan en cuestión la misma lógica de guerra. La necesidad de supervivencia y la necesidad de reconocimiento social se fijan en la guerra bajo un solo modo de resolución: aceptar ser pasivo, protegido (lo cual puede resultar indigno para los varones y ser tenido como motivo de sospecha, pues ese papel se considera la posición “natural” de las mujeres, niños y niñas o ancianas y ancianos) o aceptar la posición activa, dispuesta a la agresión y la instrumentalización del propio cuerpo en función de la guerra. Es así como la guerra se mantiene latente en los colectivos sociales, dispuesta a despertar cuando se sienta la urgencia por la amenaza de precarización de las necesidades vitales y la definición del papel de aliados y enemigos. En este momento, los roles cotidianizados se presentan como una base de ordenación que permite que la guerra tome lugar en y a través de esos cuerpos. En este marco, no resulta extraño que la objeción de conciencia a participar en la guerra pueda ser fácilmente asociada a la homosexualidad y que no se vea casi su importancia en el caso de las mujeres, a pesar de los estudios de Ann Kramer sobre las dos grandes guerras del siglo XX.¹³ En el primero de los casos, la posición de “pasividad”, cuando debería tener un rol “activo”, se toma como una traición; en el segundo, la posición de “pasividad” quita todo valor a su decisión personal de construirse desde la objeción a la guerra un modo de relacionalidad en el colectivo social. Cuando estas relaciones genéricas se naturalizan, es muy difícil que la sociedad ya “pacificada” las abandone y pasan así a formar parte de las condiciones mentales “normales”.

LA CREACIÓN DE RELACIONALIDAD GENÉRICA CRÍTICA PARA LA CONSTRUCCIÓN DE PAZ

Cuando hablamos de narcoviolenencia y de la situación de “guerra”, anunciada desde la Presidencia de la República, parecería inapropiado

13. Anne Kramer, *Conscientious Objectors of the First World War. A Determined Resistance*, Pen & Sword, South Yorkshire, 2013; *Conscientious Objectors of the Second World War. Refusing to Fight*, Pen & Sword, South Yorkshire, 2013.

sumergirnos en estas consideraciones sobre la crítica de la relacionalidad genérica, pero me parece, por el contrario, que es precisamente esta situación la que la hace más urgente. La retórica de “guerra” establecida por el gobierno anterior, y sostenida en sus acciones y símbolos (por ejemplo, la ampliación del gasto militar) por el actual, nos ponen en necesidad de revisar las relaciones de género que se están creando, las naturalizaciones que estamos asumiendo y las idealizaciones que las favorecen, si es que queremos apostar en nuestras sociedades a la construcción de verdaderas democracias y comunidades incluyentes y equitativas. La retórica de “guerra” genera situaciones en la vida cotidiana en las que se fortalecen esas cargas en el ensamblaje genérico, forzando las formas de compromiso a resignaciones, impotencias, supresiones o represiones (activas o pasivas) de la capacidad de acción de las personas en sus colectivos sociales. La responsabilidad de cada cual por lo común se va definiendo por esas situaciones en las categorías que la guerra favorece, de modo que pueden incluso encontrarse justificaciones para la anulación de alguna persona (su asesinato o exclusión) por diversas “condiciones” que le convierten en “traidora” o en un “peligro” para los “combatientes”.

Sólo quiero proponer a la reflexión dos modos diferentes de abordar la situación de guerra que pueden ayudarnos a evaluar la importancia de la crítica de la relacionalidad genérica y la oportunidad que da a la construcción de la paz. En el mismo estado de Michoacán fuimos testigos de dos maneras de enfrentamiento a la situación bélica, asociadas casi sin discriminación por el discurso oficial (bélico): la de los propietarios de fincas organizados como “autodefensas” y la de las comuneras y comuneros de Cherán.

En el primer caso, el modelo de masculinidad idealizado en los valores heroicos, lejos de ser cuestionado, se vio exacerbado. Diversas declaraciones giraban en torno a su responsabilidad como “esposos” y “padres” encargados de la “protección” de “las mujeres y los niños”,

discurso repetido incluso por las mismas esposas y sus hijos. Este discurso asignaba, según el esquema de la retórica de guerra, las funciones protectoras y protegidas con distribución genérica y según criterios de edad, y aun cuando se desmentía en casos en que niños o mujeres participaban directamente en las acciones frente a los grupos de narcotráfico, este discurso era rápidamente reinterpretado al señalar la barbarie tan absoluta que llevaba a mujeres y niños a combatir, exacerbando todavía más el imaginario de masculinidad patriarcal. Por otro lado, el mismo discurso parecía funcionar en el lado de los narcotraficantes, que también buscaban justificación moral en esta función de protección y asignaban la de protegidos a pueblos completos, o en el discurso oficial, donde se esperaba recuperar la confianza del pueblo por el ejército y las fuerzas de seguridad intensificando un discurso propagandístico de “protectores” del conjunto de la sociedad. La asignación de la pasividad a conjuntos cada vez más amplios de población también facilita la inacción social ante la posible búsqueda de alternativas. Además, se genera una disputa por el reconocimiento pues tanto los “autodefensas” como el discurso oficial del ejército y fuerzas de seguridad pretenden ser considerados “protectores” de una población, que debería aceptar su papel de “protegida”. De ahí que la construcción de una relacionalidad conflictiva entre los “autodefensas” y el ejército y las fuerzas de seguridad pueda integrarse fácilmente en el mismo imaginario de guerra y la decisión de la población quede subordinada a la que sus “protectores” puedan tomar en la disputa. Los enfrentamientos entre los “protectores” no eran muy diferentes de los que podían darse con los narcotraficantes, y la condena de José Manuel Mireles Valverde¹⁴ o las acusaciones gubernamentales contra los líderes de los autodefensas vinieron a coronar esta lógica belicista. El conflicto era uno entre “protectores”, varones, que se van desplazando

14. Médico fundador, líder y vocero del grupo de autodefensas de Tepalcatepec, Michoacán, México, del 4 enero de 2013 al 27 de junio de 2014, día en el que fue detenido por la policía federal y encarcelado.

a defender, más que su territorio y su comunidad, su propio valor, con masculinidad asociada, para ostentar ese título.

El caso de la comunidad de Cherán muestra, por el contrario, características diferentes, también en lo que se refiere a la relacionalidad genérica. El modelo de las fogatas y de la autoprotección, iniciado por las comuneras, no establece como modo fundamental de consecución de la paz el modelo de enfrentamiento y de combatiente, que asigna funciones de actividad y pasividad, sino el de la práctica de la deliberación abierta en torno al fogón, donde todas las personas de la comunidad pueden aportar, por su propia voz, ideas para la organización colectiva que permita a la comunidad autoprotgerse por cuidado mutuo. Aunque sí mantienen una categorización de “buenos” (los que se comprometen con el cuidado de la comunidad) y “malos” (los que han perdido su corazón comunitario y no participan en el compromiso con el cuidado), ésta no está fundamentada en una idealización de una situación de paz perdida, sino en la confianza en su propia capacidad de cuidado de lo común, una capacidad que reconocen heredada de sus abuelas y abuelos. El modelo social que proponen, entonces, favorece también la asignación de “actividad” a prácticamente cualquier persona, para hacer más fluida la constitución de una relacionalidad genérica de escucha mutua, de respeto a la palabra de la otra persona y de reconocimiento a su propia posición de comunidad. No quiere decir que no estén presentes elementos modelados en las idealizaciones hegemónicas, que pueden ser criticados, pero la situación social que se genera favorece precisamente su crítica porque la creación de esta situación ha implicado un primer reconocimiento de la palabra y la iniciativa de las comuneras como responsables de la vida y cuidado de la comunidad. Ellas asumieron para sí ese rol activo, pero sin asignar a los otros un rol de pasividad. Por el contrario, se convirtieron en convocantes de actividad en cada persona y modelaron una situación abierta de responsabilidad por lo común, por su comunidad. Por supuesto, esto no ha evitado la confusión de

la belicosidad motivada por los otros grupos que quieren ostentar el título de “protectores”; de hecho, la autoprotección invocada por la comunidad se convierte en un reto a ese título y puede generar situaciones de violencia por parte de esos grupos (narcotraficantes, ejército, grupos de autodefensa) contra la comunidad, que ella tendrá que enfrentar según su propia lógica para no caer en la tentación de apropiarse de la misma retórica de guerra.

De ahí que su propio ejercicio crítico-activo de la situación bélica en que estaban creándose sus relaciones de género las llevó a subvertir la asignación clásica de roles que esa situación favorecía y naturalizaba. Con ello se abrió una posibilidad de hacer-género para otras personas, niños y niñas, ancianos y ancianas, varones en diversos modos de masculinidad, que podían asumir su propia actividad y responsabilidad en la producción y reproducción de lo común, no fundada en una idealización de su comunidad concreta sino en un reconocimiento mutuo de sus propias capacidades de autoprotección y de compromiso con sus necesidades vitales que no quedara esclerotizado por la retórica idealizante de la guerra. Me parece que esta experiencia, que no es única en el amplio panorama de situaciones bélicas en nuestro mundo, puede refrendar que ahí, también, los estudios de género con su potencial crítico tienen todavía mucho que hacer.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, Eric, *Inclusive Masculinity: The Changing Nature of Masculinities*, Routledge, Nueva York, 2009.

— “Inclusive Masculinity in a Fraternal Setting” en *Men and Masculinities*, State University of New York, Stony Brook, vol. 10, No. 5, 2008, pp. 604-620. Consultado 14/06/2012.

Braudy, Leo, *De las órdenes de caballería a los grupos terroristas. La guerra y la naturaleza cambiante de la masculinidad*, Océano, México, 2003.

- Connell, Raewyn W. y Messerschmidt, James W., "Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept" en *Gender and Society*, Sociologist for women in society, s/1, vol. 19, No. 6, 2005, pp. 829-859. Consultado 10/09/2007.
- Dekerserby, Walter y Schwartz, Martin, "Masculinities and Interpersonal Violence" en Kimmel, Michael S. *et al.* (Eds), *Handbook of Studies on Men & Masculinities*, Sage Publications, Thousand Oaks, 2005, pp. 353-366.
- Evers, Clifton, "The Point': Surfing, Geography and a Sensual Life of Men and Masculinity on the Gold Coast, Australia" en *Social and Cultural Geography*, American Association of Geographers/Routledge, s/1, vol. 10, No. 8, 2009, pp. 893-908.
- Gullvag Holter, Øysten, "Social Theories for Researching Men and Masculinities. Direct Gender Inequality and Structural Inequality" en Kimmel, Michael S. *et al.* (Eds), *Handbook of Studies on Men & Masculinities*, Sage Publications, Thousand Oaks, 2005, pp. 15-34.
- Higate, Paul y Hopton, John, "War, Militarism, and Masculinities" en Kimmel, Michael S. *et al.* (Eds), *Handbook of Studies on Men & Masculinities*, Sage Publications, Thousand Oaks, 2005, pp. 432-447.
- Kramer, Anne, *Conscientious Objectors of the First World War. A Determined Resistance*, Pen & Sword, South Yorkshire, 2013.
- _____, *Conscientious Objectors of the Second World War. Refusing to Fight*, Pen & Sword, South Yorkshire, 2013.
- Messerschmidt, James, "Men, Masculinities, and Crime" en Kimmel, Michael S. *et al.* (Eds), *Handbook of Studies on Men & Masculinities*, Sage Publications, Thousand Oaks, 2005, pp. 196-212.
- Moller, Michael, "Exploiting Patterns: A Critique of Hegemonic Masculinity" en *Journal of Gender Studies*, Routledge, s/1, vol. 16, No. 3, 2007, pp. 263-276.